

SIN NOTICIAS DE ITALIA.
IDENTIDADES Y PERTENENCIAS EN
LA REPÚBLICA ROMANA TARDÍA

SIN NOTICIAS DE ITALIA.
IDENTIDADES Y PERTENENCIAS EN
LA REPÚBLICA ROMANA TARDÍA

Fernando Wulff Alonso

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Dirección de la Colección:

Francisco Pina Polo (Univ. Zaragoza)
Cristina Rosillo López (Univ. Pablo de Olavide, Sevilla)
Antonio Caballos Rufino (Univ. Sevilla)

Consejo Editorial:

Antonio Caballos Rufino (Sevilla), Antonio Duplá Ansuátegui (Vitoria), Enrique García Ríaza (Palma de Mallorca), Pedro López Barja de Quiroga (Santiago de Compostela), Ana Mayorgas Rodríguez (Madrid), Antoni Naco del Hoyo (Girona), Francisco Pina Polo (Zaragoza), Cristina Rosillo López (Sevilla), Elena Torregaray Pagola (Vitoria), Fernando Wulff Alonso (Málaga)

Comité Científico:

Alfonso Álvarez-Ossorio (Sevilla), Valentina Arena (Londres), Catalina Balmaceda (Santiago de Chile), Nathalie Barrandon (Reims), Hans Beck (Munster), Henriette van der Blom (Birmingham), Wolfgang Blösel (Duisburgo), François Cadiou (Burdeos), Cyril Courier (Aix-en-Provence/Marsella), Alejandro Díaz Fernández (Málaga), Harriet Flower (Princeton), Estela García Fernández (Madrid), Marta García Morcillo (Roehampton), Karl-Joachim Hölkeskamp (Colonia), Michel Humm (Estrasburgo), Frédéric Hurlet (Nanterre-París), Martin Jehne (Dresde), Carsten Hjort Lange (Aalborg), Robert Morstein-Marx (Santa Bárbara), Henrik Mouritsen (Londres), Sylvie Pittia (París), Jonathan Prag (Oxford), Francesca Rohr Vio (Venecia), Amy Russell (Providence), Manuel Salinas de Frías (Salamanca), Eduardo Sánchez Moreno (Madrid), Pierre Sánchez (Ginebra), Catherine Steel (Glasgow), Elisabetta Todisco (Bari), W. Jeffrey Tatum (Wellington), Frederik Vervaeet (Melbourne), Kathryn Welch (Sidney)

- © Fernando Wulff Alonso (autor)
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social) y Editorial Universidad de Sevilla
1.ª edición, 2021

Imagen de cubierta: Jardín pintado del *oecus* de la Casa del Bracciale d'Oro en Pompeya.



Ayuda financiera de *Libera Res Publica*:
Red de estudios sobre la República romana
(HAR2017-90703-REDT)

Colección *Libera Res Publica*, n.º 5

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12,
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Editorial Universidad de Sevilla, c/ Porvenir, 27, 41013 Sevilla, España. Tel.: 954 487 447
eus4@us.es <http://editorial.us.es>

Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
ISBN (PUZ): XXXXXXXX
ISBN (EUS): 978-84-472-2235-3
D.L.: SE xxxxx

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I	
HABLANDO DE «ITÁLICOS» DESDE LAS FUENTES. ENTRE DOS MUNDOS	23
Los usos griegos	23
Los usos romanos. Introducción	28
En verso.....	30
Tratadistas y oradores	35
Un biógrafo y tres historiadores	38
Notas finales.....	46
Entre Grecia y Roma: los itálicos de las inscripciones	49
CAPÍTULO 2	
SIN NOTICIAS DE ITÁLICOS: INTERPRETANDO TEXTOS Y SILENCIOS HASTA LA GUERRA SOCIAL.....	57
Replantando identidades.....	57
Las dificultades en las miradas: variaciones iniciales	62
Una ciudadanía privilegiada: la identidad romana y la comunidad imperial.....	70
Los súbditos de Italia en el segundo nivel de la explotación imperial.....	74

La lógica de las cosas: qué Italia, qué itálicos. Siglos III-II a. E.C.	82
Comenzando un siglo de cambios. El gozne de la Guerra Social o la variabilidad de las identidades	88
 CAPÍTULO 3	
SIN NOTICIAS DE ITÁLICOS: INTERPRETANDO TEXTOS Y SILENCIOS DE LA GUERRA SOCIAL A AUGUSTO. DE LA IDENTIDAD ITALIANA A LA IDENTIDAD ROMANA.....	
	97
Introducción.....	97
La integración en lo institucional. El municipio y Roma	100
El nuevo ejército romano	110
La economía en nuevas dimensiones.....	114
Las elites entre los municipios, Roma y el imperio	117
Qué Italia, qué itálicos.....	120
Varrón y los usos de Italia	124
 CAPÍTULO 4	
NUEVAS DIMENSIONES DE LA IDENTIDAD ROMANA. CULTURA, ETNICIDAD, IMPERIO O LA VARIABILIDAD DEMOSTRADA.....	
	137
Cultura e identidad romana en el siglo I a. E.C. Mundos en búsqueda de definición	137
Sistematizaciones y nuevas formas de pensamiento con Grecia al fondo	141
Los municipales entre romanidades y una nueva etnicidad.....	152
Vitruvio y la re-creación material de la cultura romana.....	159
En suma: una experiencia única de búsqueda identitaria colectiva.....	165
 CAPÍTULO 5	
REFLEXIONANDO SOBRE PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS Y SUS CONSECUENCIAS. MOMMSEN	
	169
Sobre cómo Roma no era nacionalista	169
En el principio era Mommsen.....	177
El lugar del genio. El genio en el exterior. Los celtas y otros pueblos.....	181
Italia como proyecto multiseccular <i>interruptus</i>	190
Imperialismo y nación italiana: el desarrollo que no fue	202

La nación unida en decadencia y sus peligros.	
Culturas en guerra	208
Otro Mommsen. <i>Römisches Staatsrecht</i>	220
Mommsen en perspectiva	224
CAPÍTULO 6	
REFLEXIONANDO SOBRE PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS	
Y SUS CONSECUENCIAS. TRAS MOMMSEN	233
¿Un mundo sin Mommsen?	233
Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf:	
Italia, Catón, Augusto y más allá.....	241
Adrian N. Sherwin-White y <i>The Roman Citizenship</i>	247
Ernst Badian y <i>Foreign Clientelae (264-70 B.C.)</i>	260
Ronald Syme y <i>The Roman Revolution</i>	271
Tres notas finales	287
CAPÍTULO 7	
REFLEXIONANDO SOBRE PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS	
Y SUS CONSECUENCIAS. CINCUENTA AÑOS DESPUÉS.....	291
Un giro alrededor de los fértiles setenta. Sociedad,	
economía, arqueología, epigrafía y tantos otros.....	291
En un núcleo del problema: el debate sobre la	
Guerra Social. Gabba, Salmon, Brunt	298
Emilio Gabba (1954).....	298
Edward Togo Salmon (1962).....	302
Peter A. Brunt (1965)	309
Una breve parada algo conclusiva en el camino	318
Dos Monografías: Harris (1971) y Galsterer (1976)	321
William V. Harris (1971).....	321
Hartmut Galsterer (1976).....	327
Límites y continuidades.....	337
CAPÍTULO 8	
BÚSQUEDAS, APROPIACIONES Y EPÍGONOS	
Varias décadas después.....	351
La identidad incompleta de la Italia de Giardina y	
otra nota sobre Gabba.....	359
En claves de apropiación	370

Continuidades y otros.....	397
Epígonos.....	413
CONCLUSIONES.....	427
APÉNDICE	
USOS GRIEGOS Y ROMANOS DE «ITÁLICOS» Y SIMILARES	439
Usos griegos del etnónimo Ἰταλικός, Ἰταλιώτης, Ἰταλός.....	439
1. Antes de Polibio.....	440
2. Polibio.....	444
3. Estrabón.....	453
4. Diodoro Sículo.....	458
Una nota final	465
<i>Italicus</i> e <i>italus</i> en las fuentes literarias republicanas y de época augústea	
1. Plauto	466
2. Catulo	467
3. Lucrecio	467
4. Propercio.....	469
5. Ovidio.....	471
6. Horacio	476
7. Virgilio	483
8. Cicerón	489
9. <i>Rhetorica ad Herennium</i>	493
10. César y el corpus cesariano.....	494
11. Cornelio Nepote.....	497
12. Salustio.....	498
13. Tito Livio	504
14. Varrón	516
15. Vitruvio	520
Una breve nota final	523
BIBLIOGRAFÍA.....	525
Fuentes	525
Bases de datos utilizadas.....	525
Ediciones y traducciones citadas en el texto.....	525
Bibliografía.....	526
ÍNDICE ONOMÁSTICO	551

INTRODUCCIÓN

Hay una norma, en la que en general creo, que dice que una monografía dedicada al conocimiento debería poderse explicar por sí misma. Las circunstancias e incluso la estructura de esta obligan, en todo caso, a incumplirla. Este libro es el fruto de cuatro décadas de trabajo alrededor de un tema crucial: el de los súbditos romanos de Italia en la Baja República; así que hay trabajos míos previos, en particular dos monografías, que están en su base. De hecho, con esta publicación busco concluir mi reflexión sobre el tema.

Para hacer más fácil la comprensión de lo que sigue, recordaré muy brevemente quiénes eran estos súbditos romanos y qué fue de ellos. Los habitantes de Italia acaban de ser conquistados por Roma en los siglos IV y III a. E.C. Cuando Roma entre los siglos III y II a. E.C. derrota a los cartagineses y luego a las potencias helenísticas que se le oponen y genera un importante imperio mediterráneo, los utiliza para sus guerras continuando con lo que antes era la clave de su sometimiento: proveer soldados. Durante todo ese tiempo forman la mitad como mínimo de sus ejércitos regulares y con ellos y sus propias legiones Roma conquista, mantiene y amplía ese imperio del que extrae cuantiosos beneficios, entre otros, aquellos que genera por la vía de los tributos. Ellos, como súbditos y no ciudadanos, están excluidos de tales beneficios.

Este sistema tripartito se pone en cuestión cuando se vienen abajo sus intentos de conseguir la ciudadanía romana y de incluirse en la comunidad dominante del sistema imperial –lo que incluye fracasos de propuestas a este respecto presentadas por miembros de la élite romana– y una parte de ellos

se rebela en el año 90 a. E.C., en la Guerra Social. Roma vence a los sublevados con sus ejércitos, con provinciales que recluta –muchos de ellos en Hispania– y con aquéllos de sus súbditos de Italia que siguieron a su lado. El resultado, paradójicamente, es la ciudadanía romana para todos. Los que habían sido fieles habían recibido la ciudadanía y la guerra civil silana culmina el proceso. Con todo ello se integran en esa ciudadanía que es el núcleo y la beneficiaria del sistema de explotación imperial, a partir de que sus comunidades se convierten en municipios romanos, un modelo organizativo ya existente, pero que se sistematiza para la ocasión. A la vez, formarán parte del sistema político romano, incluyendo las tribus y la organización por ingresos y censo, esto es, estarán en las bases de los procesos electorales y de votaciones de todo tipo. Supone también su integración como iguales en el ejército, así como el acceso a los privilegios y beneficios de ser ciudadanos romanos, desde la protección específica frente a los magistrados o la exención de determinados impuestos hasta poder beneficiarse en el campo económico, por ejemplo, a través de las sociedades de publicanos para la explotación de tributos e impuestos provinciales, de distribuciones de tierras y de otras ventajas y prebendas en la capital.

En la primera de las dos monografías traté de definir su posición y avatares durante el siglo II y la primera década del I a. E.C. En la segunda arrancaba de la Guerra Social y seguía su integración en la ciudadanía romana hasta la retirada de Sila en el año 79 a. E.C. Este libro continúa el tema, pero renuncia a hacerlo cronológicamente. El objetivo de las monografías previas consistía en estudiar a estos súbditos de los romanos y constatar cómo, cuando dejan de ser tales, las dinámicas cambian para, entre otras cosas, integrarse con los ciudadanos romanos previos. La perspectiva en esta ocasión es diferente. Me propongo enfocar el problema de una manera más global y, en cierto sentido, más ambiciosa, abarcando la problemática que se suscita a su alrededor durante los siglos II y I a. E.C. y articulándola en tres focos del todo interrelacionados que abarcan fuentes, historia e historiografía y que tocan al conjunto del período.

La inclusión de los tres ámbitos es programática: un historiador utiliza fuentes, avanza construcciones históricas con las que pretende entender los problemas que se propone resolver y para ello ha de analizar las perspectivas bajo las cuales se han pensado así como evaluar sus orígenes y su adecuación.

En este caso es adicionalmente obligado por varias razones que se desarrollarán a lo largo del libro. Una de las tesis fundamentales, diríamos fundamentales, de mis trabajos sobre el tema es que desde el siglo XIX, con el papel

evidente de la *Römische Geschichte* de Mommsen y el menos evidente de su *Römisches Staatsrecht*, se genera una perspectiva de las relaciones de Roma con estos súbditos de Italia que está presidida por una concepción nacionalista en la que el concepto de identidad «italiana» se hipertrofia, con múltiples consecuencias.

El presupuesto de fondo era la existencia de esa identidad por encima de los procesos históricos concretos y tenía como su consecuencia fundamental la proyección de un modelo, frustrado o no, de identidad nacional. Una de sus implicaciones más claras era el oscurecimiento de su condición de súbditos antes de la Guerra Social, tanto conceptual como terminológicamente, mediante el uso para definirlos de palabras como «aliados», «federación» o «confederación» que deformaban, y deforman, una realidad que ni una sola fuente deja de calificar como una dominación.

Otro componente del modelo era pensar que las reivindicaciones de ciudadanía romana de los itálicos antes de la Guerra Social serían el índice del éxito de Roma, de un viejo proyecto romano de inclusión de los súbditos de Italia en la ciudadanía romana. Sus realidades culturales, ideológicas y de todo tipo habrían sido cada vez más romanas y la «romanización» se demostraría en esa reivindicación que implicaría una renuncia con armas y bagajes (nunca mejor dicho) a la identidad propia, un aspecto reforzado en Mommsen por la idea de que habría mucho de redescubrimiento, porque en realidad Roma ya representaba esa identidad itálico-italiana previa que ahora proyectaba sobre los otros. El principio de fondo era la idea de la asociación unívoca identidad, lengua y cultura, con lo que perder componentes de lo que se define como propio dentro de ese rígido bloque identitario implicaría renuncia a lo propio y entrega a lo ajeno. Es otro de los temas de larga continuidad.

Esta perspectiva dominante no ha abarcado solo el período previo a la concesión de ciudadanía a los súbditos de Italia antes de la Guerra Social, sino el posterior. Me limitaré a poner el ejemplo del autor más básico después de Mommsen para este tema y momento, Sir Ronald Syme y su perspectiva del triunfo final de Italia, de la unidad nacional de Italia, sobre Roma con Augusto. De nuevo el tema clave es Italia y Mommsen sigue de fondo. Para el autor alemán el siglo II a. E.C. está marcado por la frustración de ese proyecto previo nacional de unificación por culpa de las secciones corruptas y conservadoras de las elites romanas del momento, las mismas que acabarán con cualquier posibilidad de reforma del sistema. La Guerra Social vendría a forzar una concesión de ciudadanía cuando ya se había perdido mucho en el camino. Desde esta perspectiva, seguía habiendo algo de inconcluso tras la concesión

de ciudadanía romana, aunque no lo fuera en términos de igualdad de derechos políticos, un algo que cerraría César, un personaje esencial en su pensamiento, destinado a culminar esta y otras muchas cosas.

Para Syme, en cambio, le corresponde esta tarea a Augusto y lo define en claves de elites, como es habitual en él. Augusto encumbraría finalmente a las elites de los pueblos de Italia haciéndolas llegar a los cargos más altos, derrotando así finalmente a la rancia y monopolizadora vieja elite romana. Con eso se produciría ni más ni menos que la victoria final de Italia sobre Roma a través de quien en definitiva sería uno de los suyos, Augusto, el muy itálico Augusto. En el fondo, el modelo nacionalista de Mommsen y el de Syme es el mismo: presupone una identidad nacional a la espera de culminación. Si para Mommsen se produce con César, para Syme tiene lugar con ese Augusto italiano.

Sin duda ha habido muchos cambios y revisiones de la obra de Mommsen y de un mommseniano como Syme, pero bastaría para constatar su pervivencia con recordar la continuidad en el uso de términos como «aliados» o «confederación», la idea de Roma como gobierno central de Italia, la exaltación de lo itálico como crucial en la proveniencia de autores del siglo II a. E.C. como Ennio o Nevio, por no hablar de en la obra de Catón, el autor (supuestamente) sabino e italiano por excelencia. Y ya en el siglo I a. E.C. podríamos referirnos al papel que se le ha hecho jugar a lo itálico en César, Cicerón o los poetas del siglo, incluyendo Virgilio o, más modernamente, a la afirmación de la existencia de polémicas y debates entre romanos e itálicos (en su peor versión: «Italians») o sobre el papel de Roma e Italia.

Lo que hace clave a Mommsen es su genialidad ligada a las razones de su éxito, que tienen que ver tanto con la capacidad de ofrecer modelos concretos como de articular en ellos otros más hondos, en particular sobre las identidades y las construcciones más o menos violentas de dominaciones estatales e imperiales, elaborados desde las perspectivas nacionalistas correspondientes.

En la tercera parte del libro intentaré definir su pensamiento y después seguir continuidades y evoluciones. Hay varias formas de hacer historiografía. La que se emplea substancialmente aquí tiene como objetivo definir la evolución de los problemas, esto es, sus diferentes conceptualizaciones en el tiempo, y es parte inexcusable de una reflexión teórica y metodológica que apunta a sus claves y a la propuesta de alternativas.

Desde esta perspectiva, desarrollaré los aspectos historiográficos referidos a nuestro tema en cuatro capítulos (del 5º al 8º). Los tres primeros se dedican

a Mommsen, a la continuidad de las ideas que vehiculiza, a debates que apuntaban a nuevas perspectivas y a los cambios que siguen alrededor de los años setenta. El último, que llega hasta la actualidad, es de especial interés por tres razones. En primer lugar, porque abarca el período a partir de los ochenta, en el que se someten a revisión los conceptos de identidades y pertenencias ligados a los modelos nacionalistas, el contexto en el que se incluyen mis trabajos previos y este mismo. En segundo lugar, porque en ese movimiento se manifestaron también líneas, que perduran, en el mundo anglosajón que requieren un tratamiento especial. En absoluto son las únicas, pero sí que exigen una reflexión específica. Seguir las es por lo general históricamente estéril, pero historiográficamente relevante. Finalmente, porque, aunque hay autores que empiezan a aplicar estos criterios con solvencia a nuestro tema, su revisión resultó ser insuficiente.

Una reflexión historiográfica, no importa del tipo que sea, remite necesariamente y de una forma u otra a los contextos en los que se produce el conocimiento. En esta tercera parte no han faltado reflexiones en esta dirección, presididas por el ámbito global de un Occidente nacionalista e imperialista. He tenido, no obstante, que renunciar a mayores profundizaciones por razones obvias de espacio, con una pequeña excepción que es importante tanto por su especificidad como por todo lo contrario: el caso de Italia en los trabajos de Gabba y Giardina. Debería servir, en todo caso, para evitar que las reflexiones sobre las implicaciones históricas de estos temas se limiten a Mommsen y la Alemania del XIX.

Asimismo, he tenido que renunciar a otro tipo de reflexión historiográfica: aquella que busca comprender la evolución de una disciplina. Creo, sin embargo, haber dejado claro que sin el tema de las relaciones de Roma con sus súbditos de Italia no se pueden entender los estudios sobre la Baja República romana, incluyendo obras tan básicas para la disciplina como las de Mommsen sobre la historia republicana, Syme sobre el siglo I a E.C. y Augusto, Sherwin-White sobre la ciudadanía romana, Badian sobre el concepto de clientela aplicado a los súbditos de Roma en la Baja República o la de Gabba sobre el conjunto de la Baja República.

Lo esencial ha sido, entonces, definir líneas y carencias, es decir, buscar la aplicación de un modelo de práctica historiográfica que rastrea conceptos y métodos para apuntar líneas de avance. Con este modo de proceder, espero poder argumentar la insuficiencia en los tratamientos de nuestro tema no solo en perspectivas específicas —como la señalada edulcoración nacional-imperial de su condición de súbditos—, sino en el uso de herramientas ya existentes,

como las que se refieren a la idea de la variabilidad y mutabilidad de las identidades, o a la inexistencia en la práctica de otras, como las que debieran permitir estudiar comunidades imperiales como la romana.

Es un error creer que las identidades colectivas han empezado a tener un lugar central en la investigación en los últimos decenios. Nada hay más presente en el discurso de Mommsen que las identidades e incluso las emociones (que supone) ligadas a ellas. En este sentido, veremos que otros autores fundamentales en este tema que le siguen lo repiten. Lo que ha ido variando en los últimos decenios es que hemos hecho explícito, cuestionable, objeto de reflexión, el tema, sometiendo a crítica, muy en particular, los conceptos de matriz nacionalista en general y sus aplicaciones concretas.

Defiendo que en este tema ha habido dificultades para entender aspectos esenciales de las identidades tanto de los romanos como de sus súbditos de Italia y de sus cambios unido a una valoración insuficiente de los contextos históricos en los que se desarrollan. En los dos casos ha tendido a funcionar la citada implicación de la existencia de identidades y de su continuidad por encima de los procesos históricos concretos.

La petición de ciudadanía romana antes de la Guerra Social constituye un ejemplo casi de manual: no hay razones para entenderlo como una renuncia a lo propio inspirada por el éxito de Roma en «romanizar» y el amor que suscita. Es un ejemplo en estado puro de la variabilidad de las identidades. Quienes pretendían conseguir la ciudadanía romana eran conscientes de que se iban a suscitar cambios.

Habría cuatro identidades en juego en ese momento que se tienen que adaptar: primero, la romana; segundo, la local, sea de ciudad o de comunidad no urbana; tercero, donde existe y es operativa, la cultural supra-local (samnitas, etruscos, marsos...), que a veces tiene matices político-organizativos, y en cuarto lugar, donde y como existiera, la italiana-italica.

Sin duda sabían que su entrada en la ciudadanía romana implicaría cambios en las restantes identidades, que supondrían desde adaptar los modelos organizativos de sus comunidades hasta unos niveles sin precedentes de presencia del latín allí donde no se hablaba. Pero su opción por la ciudadanía romana daba por supuesto que esos cambios les compensaban.

Como señalaba, a lo largo de los siglos III-II a. E.C. Roma se había convertido en la potencia imperial que era y esto había conllevado su ubicación en un sistema tripartito, con los romanos, los súbditos de Italia y los

provinciales. Ellos eran súbditos en una posición específica, puesta muy de relieve conforme avanza el siglo II a. E.C. y las exigencias militares aumentan. Ya he apuntado la edulcoración sistemática de una condición estructural de dominados sin compensaciones reales que, si acaso, presentaba más honorabilidad que la de los súbditos provinciales. Con la ciudadanía romana querían dejar de sufrir las inconveniencias y explotación correspondiente a su condición de súbditos.

Pero querían algo más. Entretanto la ciudadanía romana había cambiado. Las guerras continuas implicaban beneficios para Roma, pero al precio de un esfuerzo militar permanente que recaía sobre sus ciudadanos. No se hubiera podido mantener ese esfuerzo sin un cierto nivel de participación colectiva de esos beneficios, más allá de los botines de las guerras, ni tantos, ni tan constantes. Una frase de Catón que nos transmite Plutarco¹ puede ser indicativa. Catón reparte plata entre sus soldados y dice que era mejor que muchos volvieran de la guerra con plata que unos pocos —obviamente los dirigentes— con oro. Podríamos proyectar esto en el conjunto del sistema imperial: para su mantenimiento, aunque los beneficios sean desiguales, deben ser repartidos. Y podríamos añadir: y las condiciones de los ciudadanos, legales y no legales, mejoradas.

Los súbditos de Italia habían visto el aumento de las ventajas de ser ciudadano romano —a veces en Italia y en su costa— y querían acceder a la condición de miembros de pleno derecho del colectivo imperial. Más que participar de una identidad «nacional», querían participar de una explotación imperial desde la mejor posición del sistema.

Ser miembro del colectivo imperial no es cualquier cosa y lo que se observa es una tendencia a que sus privilegios aumenten. No es casual que los súbditos itálicos se vieran afectados por las políticas agrarias de los Gracos mientras los ciudadanos romanos recibían asignaciones. Es sólo un ejemplo, pero indicativo. Con la ciudadanía en la mano, ese componente tendencial funcionaría a su favor.

Ha habido una tendencia a ver a los ciudadanos romanos de a pie como dobles víctimas de las oligarquías, que los explotarían en guerras inmisericordes y que, además, llenos de avidez, los expulsarían de sus tierras. Si los vemos también como participantes felices en el sometimiento y explotación de terceros,

1 Plut. *Cat. Mai.* 10.3.

por muy desiguales que fueran los beneficios que les llegaran en comparación con lo que podían extraer sus oligarquías, se entiende mejor esa comunidad imperial romana.

Para entender su petición de ciudadanía romana hay que verla menos como una opción identitaria, que como un intento comprensible de convertirse en miembros del núcleo de beneficiarios de un sistema imperial, que es muy rentable y para muchos. Y para ello no hace falta preguntarse, en consecuencia, si se habían acercado mucho o poco al mundo romano, ni suponer, por ejemplo, que un mayor o menor acercamiento en lo institucional o en la lengua implicara más o menos vínculo emocional con Roma.

Hay una dificultad de fondo en la que conviene insistir. Durante los siglos XIX y XX (y hasta XXI) se ha mantenido el problema de pensar la Roma republicana en esta dimensión, seguramente por razones obvias de la propia opacidad de los colectivos imperialistas occidentales. Volveremos a ello después, pero puede ser útil apuntar que solo en los últimos años se ha podido plantear con suficiente profundidad que las historias de las potencias coloniales deben ser entendidas a partir de concebir que, por ejemplo, la historia de la clase obrera británica del siglo XIX no es separable del hecho de que fuera parte de un sistema imperial del que se beneficiaba y al que contribuía.

Es esta falta de visión del componente imperial de la sociedad romana como colectivo la que ha presentado dificultades en una parte de la investigación para entender no solo por qué quieren ser ciudadanos, sino el éxito de la integración de los súbditos de Italia en la ciudadanía romana y en sus beneficios por vía del sistema municipal a partir de la década de los 80 del siglo I a. E.C.

La municipalización es una nueva variante en la identidad romana que debe ser vista como el cambio radical que es, en medio de un redimensionamiento aún más radical. A la vez que ser municipal se convierte en la forma más extendida de ser romano, se produce una redefinición identitaria tanto en términos de pensamiento e ideología, como de construcción de parámetros y cánones literarios, visiones del tiempo y de la historia que ubican al colectivo, cultura material expresada en estructuras urbanas y habitacionales y que manifiesta nuevos hábitos de vivencia, por ejemplo, en vajilla doméstica que nos hablan de nuevas formas estandarizadas de cocina, de comida y de comensalidad.

La historia del siglo I a. E.C. no está presidida por el fracaso de la identidad italiana ni por su éxito postrero con el itálico Augusto, sino por el

redimensionamiento de la identidad romana hasta unos niveles sin precedentes. Se buscan y encuentran en múltiples campos componentes que se identifican como propios en el contexto de la condición imperial ligada a Roma y a ser romano.

Si las identidades no son estáticas, la romana lo es menos. La ciudadanía romana a la que acceden los súbditos de Italia en los 80 del siglo I a. E.C. no es igual que aquella que se consolida en la época augústea. Y la que se exporta masivamente al imperio con las colonizaciones de César y Augusto es tanto el producto en lo material del mundo de la municipalización como de la construcción, con ayuda de muchos municipales, de esa cultura literaria y de un latín que se constituyen en clásicos, normativos, canónicos y que son capaces de desplegarse en escrituras y epígrafes.

Todo esto toca de la manera más directa al componente esencial del sobredimensionamiento de la identidad «italiana» en la investigación de Mommsen hasta el presente. Posiblemente, dos de los principios más aceptados hoy sobre identidades sean los siguientes: primero, que frente a la imagen orgánica de los grupos como colectivos unidos por la raza, lengua, cultura y origen, lo que las caracteriza es su componente múltiple y tan variable que a veces es hasta elegible, como en este caso; segundo, que las identidades no existen sin gentes que se sientan parte de ellas.

El principio de que si una identidad colectiva existe es porque es asumida por las personas del grupo que se supone la tiene, debería haber llevado a que las reflexiones sobre el tema se hubieran basado en el estudio sistemático de la aparición de esa identidad en las fuentes. Y dónde encontrar mejor la demostración de autoconciencia identitaria que en el gentilicio, el etnónimo *Italicus* o *Italus*.

Lo adicionalmente paradójico del tema es que hay una cantidad importante de fuentes donde buscar. No las hay para el siglo II a. E.C., pero sí para el I a. E.C., así que podríamos decir que en el siglo I a. E.C. hay por fin posibilidades de basarse en evidencias específicas.

Si existiera con la intensidad que tradicionalmente se ha supuesto, cabría esperar ahora, además, que todo lo que se habría venido acumulando —según las perspectivas tradicionales— antes, pero que la falta de fuentes del siglo II a. E.C. no nos dejaría ver, surgiera de manera evidente ahora. Por decirlo en términos simples: los procesos históricos han terminado con los súbditos de Italia y los han convertido en ciudadanos. En este momento, tras la Guerra Social, cuando exitálicos y romanos viejos tienen la posibilidad de expresarse,

esa identidad italiano-itálica debería aparecer de manera clara, precisa y sería no solo una piedra de toque del tema en este siglo, sino también de su presencia en el siglo anterior.

Sabemos que durante la Guerra Social los insurrectos se unen bajo la bandera de «Italia» como punto de confluencia contra Roma, pero no hay ninguna señal de que eso haya desprestigiado la palabra y sus derivados para siempre: marca solo una de sus formulaciones posibles. De existir ese acendrado concepto de Italia y de la identidad correspondiente, tras la Guerra sería una estupenda ocasión y casi una necesidad reivindicar esa identidad de los itálicos, frente a los que habrían hecho un uso, desde estas perspectivas, espurio.

Sin considerar la epigrafía, sino la producción escrita en general, hablamos del siglo del que tenemos más fuentes escritas de la historia de Roma y, yo diría también, del mundo antiguo, precisamente por ser el eje de esa compleja invención de la cultura escrita que se asocia a una redefinición de lo romano de la que hablaba. Contamos, además, con fuentes en griego del siglo anterior (Polibio) y de éste (Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón) y hasta posteriores que hablan mucho de estos tiempos (Apiano, Dión Casio). Sería en este material donde necesariamente habría que encontrar pruebas de la preeminencia de la identidad itálico-italiana.

Es esencial, entonces, esa tarea de desbroce y, para ello, enfrentar el problema de manera exhaustiva. Se trata de estudiar el término *Italicus* o *Italus* en todos los autores romanos del siglo I a. E.C., localizar todas sus utilizaciones y ver qué tipo de implicaciones de pertenencia tienen.² Por ejemplo, ¿hay apariciones del tipo de «yo itálico» o «nosotros los itálicos»? ¿hay alguna vinculada a aspectos emocionales o religiosos del tipo de «nuestros dioses», «nuestros muertos», «nuestras vidas»?

Para plantear el tema, se hace necesario ubicarlo en una perspectiva un poco más global que abarque no solo aquello que nuestros autores escriben, sino aquello que leen y que, además, buscan emular. Tenemos, naturalmente, constatado el uso de las dos fórmulas señaladas y de aún otra más en griego: Ἰταλικός, Ἰταλιώτης e Ἰταλός.

² Las traducciones de autores antiguos y modernos son propias salvo indicación de lo contrario.

El primer capítulo se dedica a una síntesis de los resultados de esta investigación. Para evitar lo tedioso de la lectura de la casuística, se ha pasado el estudio más exhaustivo de todo esto a un apéndice. Puede ser útil adelantar también los resultados: su generalizada carencia de importancia en el mundo romano, que no solo es restringida en sus usos, sino que lo es más que el griego, y tanto que algunos de los usos que más se salen, digamos, de la norma de la vacuidad, son préstamos. Lo que muestran sus usos, la limitación de sus usos, es que la identidad itálica en el mundo romano republicano, tanto antes como después de la Guerra Social, existe, pero que es un ejemplo típico de la característica multiplicidad de pertenencias que nos definen a los humanos. Y es secundaria, sin particular relevancia. No soy el primero en señalar ni esto ni que Augusto es una (relativa) excepción centrada poco menos que en su lucha final contra Marco Antonio y Cleopatra. Otra cosa es que se haya hecho con la suficiente evidencia empírica detrás y que haya servido para un desmonte suficiente del conjunto del *constructum* historiográfico en el que ha sido tradicionalmente utilizado.

Un campo especial del uso de estos etnónimos ha requerido un tratamiento específico para hablar de comerciantes y residentes de Italia en el Mediterráneo Central y Oriental, en particular, en fuentes epigráficas. Defiendo que el término en este caso sigue modelos griegos que no solo tienden a incluir a romanos en tanto que habitantes de Italia, sino que pueden definirlos exclusivamente. Es un uso griego normal para agrupaciones de residentes de Italia en el exterior que encontramos también en las fuentes literarias. Es importante resaltarlo porque la falsa ecuación entre el etnónimo y los no romanos de Italia ha tenido y tiene enormes implicaciones, por ejemplo, a la hora de contribuir a la imagen positiva de su condición de súbditos antes de la Guerra Social.

Las implicaciones históricas de todo esto se desarrollan en la segunda parte del libro (capítulos 2º al 4º), donde se busca hacer del todo explícito el principio de que no se puede hablar de identidades seriamente sin analizar los marcos en los que se desarrollan. Y, lamentablemente, tampoco esto ha sido un principio generalizado en los trabajos de las corrientes que en los últimos decenios se han presentado como renovadoras.

Sus dos capítulos iniciales exploran el mundo anterior y posterior a la Guerra Social y el tercero se centra en las dinámicas de construcción identitaria en Roma en el siglo I a. E.C. con el lugar, en especial, del mundo municipal y de sus gentes.

He abierto en esta segunda parte algún espacio para romper con la imagen necesariamente fragmentada de los textos de la primera y hacer sitio a dos autores excepcionales, Varrón y Vitruvio, no para entender mejor el lugar de los «itálicos», sino el de Italia en la identidad romana. No pretendo con ello tanto aportar nuevas perspectivas sobre dos autores muy bien trabajados como integrarlos en la perspectiva de conjunto que propongo. La ventaja es que ofrecen un ejemplo muy ilustrativo de su tiempo y preocupaciones en dos ámbitos cruciales: el de la agricultura y el de la arquitectura, ámbitos en los que obviamente el papel de Italia y de sus habitantes es esencial. Ayudarán también a otro aspecto clave: la necesidad de diferenciar entre el papel de Italia y el papel de la identidad itálica. Adicionalmente, los dos hablan en primera persona y desde una gran riqueza de conocimientos y de experiencias. Si Varrón muestra la complejidad de los papeles de Italia para las elites de su tiempo, Vitruvio muestra también la creación allí de un modelo de ciudad romana, uno de los grandes productos de ese siglo que reinventa el ser romano. Textos como los suyos son verdaderas ventanas a experiencias vitales en un siglo tan complejo y contradictorio como éste en el que ser romano es, entre otras muchas cosas, una pregunta.

Será después de esto cuando nos preguntemos por la evolución historiográfica del tema (capítulos 5º al 8º). Procuraré en las dos primeras partes, en particular, no repetir bibliografía ya citada en trabajos anteriores. En la bibliografía final he presentado a tal efecto mis publicaciones referidas a varios temas que articulan este libro: las fuentes, la historiografía y la historia de la Italia de la república tardía, reflexiones sobre identidades, nacionalismo e historiografía y, finalmente, sobre el impacto de Roma en las sociedades hispanas contemporáneas. Evitarán cansar al lector con una innecesaria cantidad de citas. He introducido también algún trabajo que apunta a la necesidad de ver las cosas que ocurren en el mundo mediterráneo que domina Roma en el contexto de los procesos que contemporáneamente afectan al conjunto del continente euroasiático.